

PENÍNSULA ATALAYA



**Diana López Varela**  
**No es país para coños**

Sobre la necesidad de una sociedad feminista

Diana López Varela  
**No es país para coños**

Sobre la necesidad de una sociedad feminista

Prólogo de Toni García Ramón

*ediciones península*

© Diana López Varela, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com));

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2016

© de las ilustraciones, Montserrat Piñeiro

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016

Ediciones Península,  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

ÀTONA VÍCTOR IGUAL S. L. - fotocomposición

EGEDSA - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B-15.543-2016

ISBN: 978-84-9942-545-0

## ÍNDICE

El futuro es mujer, por Toni García Ramón	11
1. ¿Qué hace una chica como yo en un sitio como este?	17
2. El feminismo sale del armario teórico	27
3. No soy feminista porque..., no soy machista pero...	35
4. Hombres y mujeres somos diferentes (palabra de feminista)	47
5. ¿La puta regla?	57
6. La amistad es cosa de chicas	81
7. Treinta años y soltera	87
8. La maternidad, el elefante en la habitación	117
9. Si piensas feminista, follas mejor	139
10. Salud sexual	157
11. El deporte femenino	167
12. Y tú, ¿a quién se la has chupado?	187
13. Todos deberíamos tener una amiga lesbiana	209
14. Internet o la puerta abierta del manicomio	221
15. El mayor y la menor	239
16. No morimos, nos matan	277
17. Consejos para ser un poco más feminista (y feliz)	287
Colofón	291

## I

# ¿QUÉ HACE UNA CHICA COMO YO EN UN SITIO COMO ESTE?

Nací en 1986, soy la pequeña de tres hermanos y los otros son dos varones, además mellizos. Mis padres, hijos de agricultores y ganaderos, nacieron y se criaron en el interior de la Galicia rural de los años sesenta y setenta del siglo pasado, en la provincia de A Coruña. Nos tuvieron muy jóvenes. Con veintidós años a mis hermanos, y con apenas veinticinco a mí (de hecho, mi padre todavía no los había cumplido cuando nací). Ninguno de ellos fue a la universidad: mi madre pronto tuvo que abandonar el instituto, para encargarse de su sobrino mientras mi tía trabajaba en Suiza con el fin de mandar dinero a mis abuelos; mi padre ni siquiera lo pisó.

Corrían las Navidades de 1982 cuando se casaron por la Iglesia, bajo un póster desgastado de Juan Pablo II sonriente, en claro contraste con la cara de cabreo de mi madre. Tenían veintiún años y ella ya estaba embarazada de mis hermanos, algo que no sentó muy bien a mi abuela, que la repudió por haber mantenido relaciones sexuales antes de pasar por el altar. Unos meses después del nacimiento de los mellizos, y con quinientas pesetas en el bolsillo, se montaron en un coche y emprendieron viaje hacia Pontevedra, una ciudad desconocida y exótica para dos jóvenes que nunca habían salido del asfixiante entorno rural de la Galicia tardofranquista. La movida

ochentera, las drogas, el rock, el punk y las manifestaciones sindicales y universitarias los pillaron trabajando de sol a sol para mantenernos a sus tres hijos.

Me educaron para soñar poco y ser práctica. Me enseñaron que hay cosas inevitables por las cuales no conviene preocuparse demasiado porque no dependen de uno. Durante años me harté de escuchar la frase «tú sola no vas a cambiar el mundo», seguida de «no te metas en líos». Siempre he vivido con esa especie de frustración derivada de la inevitabilidad de las cosas: las políticas del Gobierno de turno, la corrupción, el cambio climático, el sufrimiento ajeno —humano o animal—, los desastres ecológicos, la explotación laboral e infantil, los bajos salarios a cambio de incontables horas y las diferencias de trato y oportunidades entre hombres y mujeres. Algunas de estas cosas —aun sin perjudicarme directamente— me han llevado al diván del psicólogo. Mi sentimiento de empatía con el resto del planeta y la humanidad en general roza (por ser generosa conmigo misma) la enfermedad. No olvidaré la cara que puso aquel terapeuta de Santiago cuando me preguntó qué me preocupaba y, con tono grave, le respondí: «El calentamiento global». Estaba en plena época universitaria, acababa de ver el documental *Una verdad incómoda* de Al Gore, el exvicepresidente de Estados Unidos, e inmediatamente caí en un estado depresivo y de preocupación constante. El psicólogo, perplejo, me miró aguantándose la risa, para decirme que eso sí sería difícil de solucionar porque, obviamente, yo sola no puedo cambiar el mundo.

Tampoco puedo enarbolar la bandera de la tradición familiar, diciendo que mis padres eran afiliados al PSOE obrero y luchador del principio, ni que mi abuelo luchó en la guerra en el bando de los republicanos. Por más que busque, mi historial familiar carece de héroes y mi abuelo era de los que se sacaban la boina al paso del cura. Mi interés constante hacia la gente

cuyos antepasados lucharon por la democracia esconde una insana envidia.

No tengo el talento para convertirme en Hipatia de Alejandría (la filósofa y matemática más importante de la Antigüedad), ni en Marie Curie (la única mujer que recibió dos premios Nobel, por sus descubrimientos en el campo de la radiactividad), ni en Emmy Noether (la matemática más importante del siglo xx, con aportaciones imprescindibles para entender el álgebra y la física modernas), y seguramente tampoco el coraje de Rosa Parks (una de las primeras personas de raza negra que se negó a ceder su asiento a un blanco en los Estados Unidos del segregacionismo), pero sí la inteligencia suficiente para reconocer que el curso de la humanidad lo han decidido unas pocas personas a las que tacharon, como mínimo, de ilusas y desviadas en su momento. Todas estas mujeres son ejemplo de que las aportaciones y la rebeldía individual sí pueden generar cambios fundamentales en la historia.

A pesar de todos los consejos recibidos para que me preocupase por las cosas inmediatas y concretas que me correspondían (las clases, los novios, la ropa de salir), nadie consiguió convencerme de que debía resignarme. La mal llamada «madurez», que supuestamente tenía que hacerme aceptar las injusticias, se convirtió en el acicate para movilizarme. Quería ir a la universidad para ser periodista. Desde los doce años soñaba con poder denunciar las injusticias que tanto me preocupaban, para mostrar a la gente que debíamos cambiar nuestra relación con el entorno social y medioambiental. Pero, para cuando lo conseguí, la profesión ya no era lo que yo había imaginado. Y Al Gore era un señor que tenía mucho dinero y vivía en Estados Unidos. Durante unos pocos años lidié con todo tipo de tropelías a la profesión y abusos laborales hacia mí (comentarios machistas de jefes y jefas, incluidos) y, cuando me cansé de sentir pena y frustración, me convertí en secretaria de oficina en la empresa de mi padre. Lo que empezó

siendo una sustitución temporal se convirtió en más de dos años entre albaranes, en los que mi carrera, mis másteres y, sobre todo, mis aptitudes no servían para nada. No soy la única, pertenezco a esa mayoría de jóvenes españoles tocados por la desgracia de vivir en esta crisis eterna.

La escritura fue mi manera de canalizar mi ira y frustración personales y denunciar, a mi manera, esas cosas inevitables con las que tenía que vivir en pacífica indiferencia. *Suspense en religión*, mi blog, fue la plataforma en la que empecé mi política de destrucción masiva a través del humor y el cinismo. Siguiendo los consejos de mi otrora profesor y mentor Ángel de la Cruz (actualmente compañero de profesión, además de un magnífico guionista), aprovechaba cualquier rato para escribir, especialmente las horas de sueño. También las horas muertas de oficina, cuando me dedicaba a escribir y a actualizar el blog con la esperanza —y la vergüenza— de que me leyese mis amigos más íntimos. De esta época son también varios relatos de todo tipo y mis primeros guiones como alumna del extinto máster de Contenidos Audiovisuales de la Universidad de Vigo, al que asistía a media tarde, para luego volver a la oficina hasta la noche, empeñada como estaba en crear un mundo de ficción a mi medida.

No me autodenominé «feminista» hasta hace dos años porque no sabía muy bien lo que quería decir la palabra ni entendía por qué yo iba a necesitar del feminismo si ya tenía todo a lo que podía aspirar como mujer (repito, como mujer, pues era consciente de que el caso de los hombres era bien diferente) y, sobre todo, porque el movimiento me generaba ciertos recelos y temores. Creía que para ser feminista debía pertenecer a alguna asociación, estudiar mucho sobre el tema e ir a tantas manifestaciones y simposios como fuese posible para conocer a otras feministas, que me examinarían para decirme si realmente merecía formar parte de ese selecto club. Incluso pensaba que me mirarían mal si iba a la moda, inten-



taba llamar activamente la atención de los hombres que me gustaban, me depilaba las cejas y usaba rímel a discreción. Y no es broma. El feminismo era el gran desconocido: me atraía y asustaba a la vez.

Pero el 22 de diciembre de 2013 todo cambió. Cuando vi que aquello del Anteproyecto de Ley Orgánica para la Protección de la Vida del Concebido y de los Derechos de la Mujer Embarazada, obra de Alberto Ruiz-Gallardón, se parecía más al apocalipsis zombi (niños no nacidos alzándose contra las mujeres que usan preservativo y se masturban) que a una broma de mal gusto, escribí el artículo «Mi coño» en mi blog *Suspense en religión*, que hasta ese momento no llegaba a las cincuenta mil visitas en total. De repente el éxito de «Mi coño» se desbordó (léase en sentido metafórico, por favor). En cuestión de unos días esa entrada superó el medio millón de visitas; al cabo de dos semanas, había llegado al millón y, con los meses, se acercó al millón y medio solamente desde mi portal, porque fue copiado y pegado en multitud de sitios. Hoy es imposible saber cuántas personas lo han leído porque el servicio Blogger decidió censurar mi blog debido a su contenido (¿pornográfico?) y tuve que irme con «Mi coño» a otro servidor (concretamente a WordPress). Desde ese día, miles de desconocidos empezaron a llamarme «feminista» de manera esporádica. La mayoría para halagarme, pero otros muchos para descalificarme y menospreciar mis argumentos. Mi opinión sobre los temas que preocupaban a las mujeres de mi generación era escuchada y discutida en las tertulias públicas dentro y fuera de internet, y mi blog era una referencia. Fui llamada a participar en debates de radio y en charlas en institutos, donde los adolescentes me hacían preguntas sobre el aborto y la sexualidad, e invitada por partidos políticos progresistas para hablar sobre el aborto (en concreto por el BNG y el PSdG -PSOE).

Gracias a eso pude conocer y compartir impresiones con

Laura Seara Sobrado (directora del Instituto de la Mujer y secretaria de Estado de Igualdad durante el Gobierno de Zapatero, y una de las responsables de la Ley del Aborto de 2010 —aún vigente en 2016—), Belén Louzao (secretaria provincial de Igualdad del PSOE por Pontevedra), Carmen Acuña (portavoz de Sanidad e Igualdad en el Parlamento de Galicia) y Carmen Cajide Hervés (exconcejala de Servicios Sociales y Mujer en el Ayuntamiento pontevedrés de Cuntis y excomisaria de Igualdad y Fondos Europeos en Galicia, además de presidenta y cofundadora de la Rede Pontevedra pola Igualdade). Antes de empezar una de las charlas, las escuchaba hablar con desazón de la poca implicación política que tenían los jóvenes (estábamos en la época pre-Podemos) en los asuntos que les conciernen directamente, como la Ley del Aborto o la píldora anticonceptiva, y cómo se desaprovechan los años de rebeldía en temas menores en lugar de luchar por los derechos de todos y dejar un mundo mejor a los que vienen.

No olvidaré jamás una frase de Carmen Cajide, que se define a sí misma como feminista antes que socialista: «Las manifestaciones pro aborto están llenas de menopáusicas que ya no necesitamos este derecho, mientras las de tu edad andáis preocupadas por otras cosas». Y me recordó, emocionada, todo el esfuerzo que habían invertido ella y otras mujeres en las décadas de 1970 y 1980 para conseguir que España pudiese ser un país para mujeres libres en una época en que abortar era delito, y el miedo que sentía porque se pudiese perder todo en cuestión de meses. Probablemente ella no lo sabrá, pero esa conversación me cambió la vida. Me prometí a mí misma que el feminismo se convertiría en mi bandera y que iba a luchar el resto de mi vida por la igualdad entre hombres y mujeres. Se lo debía a ella y a todas las mujeres que pelearon por nosotras para dejarnos un mundo mejor. A nuestras madres y abuelas. A las maltratadas y asesinadas por la violencia machista. Ya nunca más volvería a permanecer indiferente y a ser una sim-

ple espectadora de las cosas inevitables que suceden a mi alrededor. Quería ser como ellas, quería pintar algo en el discurso feminista e iba a hacerlo a mi manera.

No todo fue política. Era víspera de Navidad y, en lo personal, acababa de pasar por la mayor hecatombe de mi vida: hacía unos días que me había separado de mi novio —con el que iba a casarme— y vuelto a casa de mis padres (no vivía con ellos desde antes de la universidad, diez años atrás); además, por si fuera poco, ya había decidido dejar el trabajo en la empresa de mi padre, con un sueldo seguro a fin de mes, para dedicarme a escribir guiones como *freelance*, después de dos años resignada entre albaranes y trabajo de oficina. Para mí fueron dos renunciaciones muy importantes que hicieron que mis cimientos se tambaleasen porque, por primera vez en mi vida, había decidido hacer lo que quería sin contar con el apoyo de mi familia o mi pareja. Me había saltado todas las normas y mis padres estaban decepcionados, y también algo escandalizados, por mi actitud caprichosa e inconsciente. No voy a negar que durante un tiempo les di la razón entre la soledad y los llantos en mi habitación. Sin embargo, el blog funcionaba de maravilla y gracias a su éxito conseguí mi primer trabajo como guionista en la webserie *Clases de lo social*, de Pablo Cacheda, y articulista en un periódico satírico. Claro, no me daba para comer, y eso que yo como poco.

Probablemente yo ya era feminista antes de saberlo. Criada entre dos hermanos varones, supe desde bien pequeña que no se me trataba igual porque yo era niña. A veces, si mis hermanos llegaban a cenar después del trabajo, me pedían que les pusiera la mesa o los sirviese. Vale, ellos empezaron a trabajar fuera de casa mucho antes que yo, porque fui la única en ir a la universidad. Sin embargo, tiempo después, si era yo la que llegaba tarde (trabajé en varios periódicos durante un tiempo y llegaba a horas inverosímiles) nunca jamás escuché que se les pidiese a mis hermanos que me pusiesen un plato y un vaso

delante. Como esto me ha parecido siempre un agravio comparativo y mis reacciones pasaron de cierto malestar a un cabreo bien sonoro, acabaron casi por no pedírmelo («a pesar de que todos entendemos que ellos, por ser hombres, trabajan mucho más, y que poner un plato no me cuesta nada»). Aunque yo me libraba porque no me daba la gana, y porque mis padres temen mis arrebatos y discursos feministas como el castigo máximo, no puedo evitar asistir al espectáculo lamentable de muchas comidas familiares o con amigos de mis padres, en donde las mujeres sirven, por defecto, a los hombres. Casi nunca las anfitrionas se sientan en la mesa porque deben permanecer en la cocina dedicadas a sus labores y preparadas para tener a punto el siguiente plato que servir a sus maridos.

Si mis hermanos salían hasta tarde o, peor, llegaban bebidos, la reacción era muy diferente a si era yo la que llegaba con unas copas de más, porque era una mujer y daba mala imagen, además de que podían abusar de mí (estos comentarios son literales y derivan del miedo de unos padres que dan por supuesto que un hombre puede apropiarse del cuerpo de una mujer porque esta va borracha). Hubo un tiempo, además, en que mis hermanos se creyeron que podían «cuidarme» cuando salíamos de noche y disfrutaban entrometiéndose en mis relaciones con otros chicos para demostrar su hombría. Si, molesta, se lo decía a mis padres, estos se reían porque les parecía muy gracioso que mis hermanos pudiesen entrar y salir de mi vida como les diese la gana. Obviamente tenía que reírme, era una obligación, mis hermanos eran superdivertidos, mientras que yo quedaba como una neurótica acomplejada que siempre me tomaba todo a mal.

Me crié en un entorno «hostil» que me hizo ser como soy. No cumplí muchas de las pretensiones de mis adorados padres (los adoro, de verdad) y tuve que demostrarles que se puede ser mujer y tener ideas o sueños diferentes a los de la seguridad de la pareja, la casa y los hijos. Sé que a mi madre le in-

quieta, de verdad, que me quede sola o que no tenga hijos. Y, sin embargo, ya no me alienta a ello. Por encima de todo, sabe que necesito superar mis problemas con la dependencia emocional. Sabe, aunque no lo diga en alto, que necesito aprender a cuidarme sola. Y sabe que no es fácil. Y yo sé que, a su manera, me ayudará para que lo consiga. Por eso, cuando caigo en uno de esos estados de morriña sentimental, pienso en lo que todavía puedo hacer por otras mujeres, para que no se abracen al amor sin pensar en ellas, porque el amor no es renunciar. Me preocupa que las jóvenes de ahora sufran las burlas que soporté yo en el instituto por mi físico, mi color de pelo o mi forma de vestir. O la misma presión por estar guapa y ser perfecta, y que me hicieron caer, con apenas catorce años, en una anorexia nerviosa y perder clases y amigas. Me preocupa que abusen de ellas y no sean conscientes, como me ocurrió a mí, mientras piensan que fue culpa suya por «haberlo provocado». Me preocupa que las maltraten en sus trabajos, en sus relaciones sociales o de pareja. Me preocupa que cobren menos o que tengan que escoger entre familia o trabajo. Me preocupa que tengan miedo por las noches. Me preocupa que hagan cosas por agradar a los demás y no para sí mismas. Me preocupa que las maten.

La Ley del Aborto de Gallardón me despertó, sacó mi ira feminista, la que probablemente llevaba años fraguando bajo las hostilidades escondidas y la discriminación sutil que vivimos todas las mujeres en España. Lo que muchas veces se ha atenuado utilizando el concepto «micromachismos» que, personalmente, no acaba de convencerme. Después de diciembre de 2013, abrí los ojos y vi todo lo demás: la discriminación laboral, sexual, física, de salud, amorosa, competitiva, deportiva, cultural, política, religiosa, doméstica y, en general, el perjuicio comparativo que llevaba años padeciendo, igual que el resto de las mujeres de España, en cada plano de nuestras vidas respecto a nuestros compañeros varones. Y empecé a ver tam-

bién la sangría de mujeres y niños asesinados a diario a manos de sus parejas o exparejas, los suicidios inducidos, la pobreza femenina como lo que realmente era: el terrorismo sistemático ejercido con demasiada impunidad sobre la mitad de la población y tratado por los medios de comunicación como simples sucesos o arrebatos pasionales que casi se justificaban explicando que la muerta había dejado a su asesino unos días antes.

Y me di cuenta de que yo ya era feminista mucho antes de que Gallardón me cabrease; de que probablemente ya lo era cuando, jugándome un zapatillazo, le decía a mi madre que no me daba la gana recoger el plato de mis hermanos. Cuando después de negarme a besar a un chico de clase, él me empujó contra la pared de la discoteca y me amenazó diciéndome que no se me ocurriera decírselo a nadie porque tenía novia y todos me odiarían por provocarlo. Cuando, con dieciocho años, rompí unilateralmente las relaciones con mi pandilla del instituto por lo molesto que me resultaba que llamasen «cerdas» y «zorras» a todas las chicas que no les caían bien. O cuando recordé lo mal que me había sentido después de no denunciar a aquel imbécil que se propasó.

En definitiva, me preocupa que sean infelices por ser mujeres. Porque, al final, el feminismo no es más (ni menos) que una bonita forma de acercarse a la felicidad.

Me preocupa que este no sea país para coños.